

## LIBRO TRIGÉSIMOQUINTO

### DECADENCIA DEL IMPERIO

- SUMARIO: I.—Estado general de los asuntos interiores: síntomas particularmente propios para despertar la inquietud.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—*Las doctrinas antirreligiosas*: los periódicos pequeños: el congreso de Lieja: los entierros cíviles: el *Sidèle* y la estatua de Voltaire.—Incidentes diversos: la moral independiente; la Liga de la enseñanza: la Escuela de medicina.—Pastorales.—Petición al Senado: los cardenales y Sainte-Beuve.—Julio Favre en la Academia: su profesión de fe espiritualista: polémicas que su lenguaje suscita.
- III.—*Las doctrinas radicales*.—El antiguo partido democrático; alteraciones que sufre: los grupos diversos de radicales y revolucionarios.—Los hombres de 1848 y los diputados de la oposición empiezan a perder influencia.—La nueva ley de imprenta: Delescluze: Rochefort y *La Linterna*.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo la oposición democrática lleva su osadía al extremo de discutir los títulos fundamentales del poder.—Ténot: su libro sobre el 2 de diciembre; éxito de esta publicación; de cómo la atención pública vuelve a fijarse en el golpe de Estado.—De qué manera revive el recuerdo del representante Baudín.—Manifestación iniciada el 2 de noviembre de 1868 en el cementerio Montmartre.—*Subscripción Baudín*.—Procesamientos; incidentes.—Gambetta.—El proceso Baudín en la Sala 6.<sup>a</sup> (13 de noviembre de 1868.—Gambetta defendiendo á Delescluze; prodigioso éxito de esta defensa.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—*La Asociación Internacional de Trabajadores*: su origen: sus humildes principios: sus estatutos.—Tolain y sus amigos: bajo el imperio de qué ideas continúan su empresa.—De cómo la Asociación no despierta de pronto más que indiferencia y recelos; de cómo, á medida que se pervierte, va adquiriendo notoriedad.—Congreso de Ginebra (septiembre de 1866): huelgas de 1867: Congreso de Lausana (septiembre de 1867): alianza con la demagogia y cómo esta alianza se afirma.—Primer proceso: nueva comisión; segundo proceso.—Congreso de Bruselas (septiembre de 1868).—Cómo la Internacional se desarrolla, y cómo, hacia el final del imperio, es enteramente confiscada en provecho de la política.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—*Las reuniones públicas*.—Laudables esfuerzos de los economistas, de los moderados de todos matices y de los católicos; cómo sus esfuerzos resultan inútiles.—Cuadro de las reuniones públicas en la ciudad y en los arrabales.—Cómo y por qué motivos el gobierno al principio se muestra tolerante.—Excesos de lenguaje en materia religiosa y política; escenas odiosas y burlescas.—El poder se decide á empezar á instruir procesos.—Cómo resultan fallidas todas las esperanzas del gobierno: celebridad que adquieren ciertos nombres: de cómo los corifeos de los clubs son llamados á ser los jefes de la *Commune*.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo el imperio se debilita á medida que aumenta la fuerza de sus enemigos.—El emperador: sus servidores: la emperatriz: la leyenda napoleónica: cómo disminuye el prestigio de la dinastía: algunas publicaciones que tienen por objeto destruir la leyenda imperial.—Decepciones que deja en pos de sí el año de 1868.—Caída de Pínard.—Incidentes diversos: algunos cargos de la oposición: desaparición de unos cuantos servidores del imperio, tales como Walewski y Moustier: funerales de Troplong (marzo de 1869).
- VIII.—Cómo el imperio, sintiéndose débil, se propone rejuvenecerse con la agregación de hombres nuevos.—Miras diversas.—Grupos en que el gobierno puede buscar un nuevo personal.
- IX.—Las elecciones de 1869: los partidos: la *Unión liberal*: votos comunes en que coinciden las profesiones de fe.—De cómo las elecciones de 1869 señalan la primera entrada en escena del partido radical.—El gobierno: sus principales medios de acción.—La lucha electoral en París: Ollivier y Bancel; Gambetta; Julio Favre y Rochefort; Cochín.
- X (*Extracto del texto de La Gorce*).—Resultados del escrutinio: el gobierno conserva, sin disminución muy sensible, su antigua mayoría: circunstancias que debilitan el sentimiento de ese triunfo: espanto que ciertas elecciones inspiran: tentativas de sedición en París.—Huelgas; colisión de la Ricamaría.—Actos contradictorios de la política imperial.—Inauguración de la legislatura extraordinaria (28 de junio de 1869).—Disposiciones de los diputados: los 116.
- XI.—El mensaje de 12 de julio de 1869: reformas que anuncia y cómo estas reformas completan la transformación del imperio autoritario en imperio liberal. Retirada de Rouher.
- XII (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo el emperador, con sus demoras é indecisiones, pierde el mérito de su generosa iniciativa.—El nuevo ministerio; cómo éste lo mismo parece prolongar el antiguo régimen que inaugurar un régimen nuevo: circunstancia particular que indispona al Cuerpo legislativo.—Consejos contradictorios: incidentes diversos.—El proyecto de senadoconsulto: dictamen del Sr. Devienne: en qué responde á los sentimientos del Senado: discusión pública: discurso del príncipe Napoleón: votación del senadoconsulto (6 de septiembre de 1869).—De qué manera lastimosa el emperador prolonga la época de transición.—Osadías crecientes de los partidos extremos: los periódicos; los congresos; las reuniones públicas.—Huelga de Aubin.—La fecha de 26 de octubre: proyecto de manifestación, y cómo este proyecto aborta.—Elecciones complementarias en París: candidatura y elección de Rochefort.
- XIII.—Constitución del nuevo ministerio: negociaciones diversas: reunión del Cuerpo legislativo: grupos á que apela Napoleón: listas sucesivamente adoptadas y modificadas.—Formación del ministerio de 2 de enero.

#### I

Quisiera describir aquí nuestra situación interior en estos últimos años del segundo Imperio que aún no dejan prever el supremo fin, pero que ya denotan la de-

cadencia. Al agrupar los rasgos de ese cuadro siento un verdadero embarazo. Temo que mis lectores me acusen de trazar de esa época un esbozo demasiado sombrío, de envolver en la misma severidad excesiva á los que fueron los enemigos del soberano y á los que fueron

sus amigos. En el espíritu de nuestros contemporáneos, el reinado de Napoleón III no despierta, en suma, más que una doble imagen: al principio, el aspecto de un régimen regular y riguroso, pero próspero, ordenado conforme á una voluntad única que, en la insuficiente fiscalización de las instituciones, se modera á sí misma con bastante prudencia; y al final un inmenso abismo en que todo se hunde, imperio, ejército y nación. Entre esas dos épocas, una de feliz dominación y otra de inolvidable caída, el tiempo ha borrado ya un poco, al menos por lo que toca á los acontecimientos nacionales, el recuerdo de los años intermedios. Si alguien se detiene en él, es para observar la evolución algo indecisa y caprichosa que transforma gradualmente las leyes constitucionales. Raramente el pensamiento va más allá. Como todas las apariencias siguen siendo brillantes, como la solidez del crédito, la abundancia del dinero y el embellecimiento de las construcciones difunden por todas partes un aire de riqueza; como el lenguaje público de los funcionarios no cesa de ser tranquilo hasta la infatuación, nadie puede persuadirse de que esa sociedad tan jovial, tan opulenta y tan bien ordenada, sea minada por gérmenes disolventes; y, al parecer, la única gran preocupación reside en la política exterior, decididamente peligrosa y comprometida.

Este juicio sumario dejaría en la sombra todo un lado de nuestras miserias. El peligro exterior ya hemos dicho cuál era, y pronto volveremos á tener ocasión de hablar de él. Nuestra situación interior está llena de obscuridad y confusión. Dos años han de transcurrir aún antes de la caída final, mas para todo el que penetra más allá de las superficies, empieza ya la decadencia. El soberano se debilita visiblemente, y siente igual embarazo, tanto si aspira á renovarse como si se resigna á volver á las andadas. Las leyes antiguas parecen caídas en desuso y las leyes nuevas están llenas de contradicciones. Al silencio de la represión ha sucedido el desenfreno de las palabras, charla presuntuosa, violenta y hueca. En presencia del imperio se alza una oposición insultante y provocativa, pero falta de virilidad y de virtud, y hasta del valor que conduce la rebelión hasta el fin. Surgen hombres nuevos que reproducen las máximas anarquistas, escogiendo entre éstas las más funestas, las que rabiosamente niegan á Dios, á la sociedad y á la patria. Inicianse manifestaciones insolentes y cobardes, odiosas y pueriles; y no pudiéndose imitar aún los crímenes revolucionarios, se les parodia. Perplejo entre consejos contrarios, el gobierno tan pronto tolera como reprime: á veces también, creyéndose hábil, descubre el mal y hasta lo exhibe, como los espartanos de la antigüedad que enseñaban los esclavos embriagados á sus hijos. Así se marcha hacia el desenlace, en medio de un gran ruido discordante de sofismas ó exhortaciones cándidas, de necedades ó impresiones. El régimen se sostiene con un brillo enteramente superficial; y á intervalos resuena el clamor jovial de los que, habiendo tomado el imperio por una fiesta, quieren prolongar la fiesta hasta el fin. Repito que temo parecer excesivo á los ojos de muchos. Pero, en esta última época del reinado, la historia del segundo imperio se compone de dos historias que se desarrollan paralelamente repercutiendo una en otra: compónese la una de los manejos del enemigo que nos ace-

cha y está la otra formada de aberraciones de los partidos. De estas dos historias, la primera, la exterior, la que vendrá harto pronto, tendrá su conclusión en la guerra funesta. Y ¿qué decir de la segunda, de la que hemos de emprender ahora? Los contemporáneos, engañados por el brillo de las apariencias, sólo discernieron en momentos dados las inquietantes señales que contenía; mejor instruídos por los acontecimientos posteriores, nosotros podemos reconstituirla, y aparece, ¡ay!, como el prefacio de la *Commune*.

#### II

Los hombres que hacia el final del reinado aspiraban á destruir el imperio ó, por mejor decir, toda sociedad civil, fueron lógicos. Queriendo derribar á la autocracia humana, empezaron por atacar á Dios.

El ataque, al principio, había sido obscuro. Los que, hacia 1865, vivían en la margen izquierda del Sena, deben acordarse de ciertos periodiquillos redactados en el Barrio Latino y que se leían con toda clase de comentarios, ya en las cervecerías, ya en los pórticos del Odeón. De aquellas publicaciones, generalmente no salieron á luz más que unos cuantos números; las principales fueron *Les Jeunes*, *Candide* y *La Rive gauche*. Sus redactores eran Protot, Tridón, Vermorel, Julio Vallés, nombres oscuros entonces, pero que más tarde habían de ser famosos. Aquellos periodiquillos, no políticos y como tales exentos de timbre, tuvieron el triste honor de ser los primeros en proclamar el radicalismo en la impiedad.

Aquel grito de rebelión probablemente no hubiera tenido eco, si no hubiese sido denunciado á los tribunales como un ultraje á la moral religiosa. Aquellos jóvenes osados carecían de todo, de medios de publicidad, de capital y, con frecuencia, de talento. No podían reclamar el apoyo de nadie, ni el de los hombres de 1848 que, lejos de negar á Dios, lo habían invocado, ni el de los diputados republicanos del Cuerpo legislativo, encerrados en una oposición puramente política y que fingían ignorar aquellos excesos. En su aislamiento, no tenían más recurso que soñar en un porvenir hecho á imagen de sus ideas y maldecir en secreto todo lo que no era su individualidad. Para apoyarse en alguna autoridad, tuvieron que buscarla entre los hombres de la Revolución, escogiendo á los más atroces; pues el mismo Robespierre había proclamado al Ser supremo, única cosa que aquella juventud le reprochaba.

Pensóse que el público que se obstinaba en no leer aquellos periodiquitos se dejaría tal vez impresionar más por las palabras. Precisamente empezaban á estar de moda los congresos. En otoño de 1865 se celebró uno en Lieja, adonde acudieron de París varios estudiantes desertores del curso y otros que en su vida habían estudiado nada. Los principales se llamaban Tridón, Protot, Regnard, Jaclard, Germain Casse. Todo lo que puede inventar el materialismo más desvergonzado lo proclamaron ellos, y esta vez hablaron tan alto que no fué posible dejarlos de oír (1). La burguesía se sintió perturbada, y hasta el *Sidèle* declaró que aquello era un

(1) Véanse los debates del proceso del café de la Renaissance. Pedimento del abogado imperial Lepelletier (*Gazette des Tribunaux*, 7 y 8 de enero de 1867).